

UN MES.

Madrid... 6  
Prós. 3 meses... 20

# EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60  
Provincia... 18

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

## SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego y portadas de **EL CAPITAN ARENA**, por Alejandro Dumas.—Dos ídem de la **HISTORIA UNIVERSAL**, por Costanzo.—Uno ídem de la novela **FE, ESPERANZA Y CARIDAD**, por Flores.—La cubierta del tomo 2.º de la **HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO**, por Prescott.

## PIGMALION.

El célebre Pigmalion se hallaba en su taller de escultor. A su lado se veían trozos de már-

mol, y grupos de estatuas comenzadas: pero en el fondo había una estatua oculta bajo un pabellon de una ligera tela adornada con guirnaldas.

Ante esta estatua, sentado y sosteniendo con las manos su cabeza, pasaba las horas meditando Pigmalion en la actitud de un hombre inquieto y triste. Despues se levantaba de repente; cogía sobre su mesa el cincel, y por intervalos daba algunos golpes sobre alguno de aquellos bocetos que miraba con aire descontento y desanimado.

No hay aquí decia ni alma, ni vida... No hay mas que piedra... Jamás haré nada de todo esto.

¿Dónde estás, genio mio?... Talento mio, ¿qué te has hecho?... Todo mi fuego se ha apagado; se ha helado mi imaginacion; y el mármol se ha enfriado en mis manos.

Pigmalion, tú ya no haces dioses: no eres

mas que un artista vulgar. Viles instrumentos que no sois los de mi gloria... No deshonreis ya mis manos...

Y arrojaba con desden su cincel, y se paseaba algun tiempo á grandes pasos por en taller meditabundo, y con los brazos cruzados.

—¿Qué es de mí? ¿Qué estraña revolucion se ha obrado en mí? Tiro, opulenta y soberbia ciudad; los monumentos de las artes con que brillas no me atraen; he perdido el gusto que tenía en admirarlos. El comercio de los artistas y de los filósofos se me ha hecho insipido; la conversacion con los pintores y con los poetas no tiene atractivos para mí; los elogios de la gloria no elevan ya mi alma; los elogios de aquellos que los recibirán de la posteridad no me inspiran: hasta la amistad misma la perdido para mí sus encantos.

Y vosotros, objetos, obras maestras de la



¡Dioses! siento la carne palpitante rechazar al cincel....

naturaleza que mi arte osaba imitar, y tras de los que me atraían los placeres sin cesar, vosotras jóvenes, encantadores modelos que me abrasabais á la vez con los fuegos del amor y del genio, desde que os he sobrepujado me sois del toda indiferentes.

Retenido en este taller por un encanto inconcebible, no sé ni hacer nada en él, ni puedo alejarme de él...

Errante de grupo en grupo, de figura en figura mi cincel, débil, vacilante, incierto, no reconoce ya su guía! Estas groseras obras quedan en su tímido boceto; no sienten la mano que en otro tiempo las hubiera animado.

Al decir esto se levantaba impetuosamente.

Esto es hecho: he perdido mi genio. Demasiado joven aun sobrevivo á mi talento. Empero ¿cuál es este ardor interno que me devora?... ¿Qué tengo en mí que parece abrasarme?... Que en la languidez de un genio apagado se sienten

estas emociones, se sienten estos impulsos de pasiones impetuosas, esta invencible inquietud, esta secreta agitacion que me atormenta... y cuya causa no puedo adivinar?

He temido que la admiracion de mi propia obra me causase la distraccion que tenia en mis trabajos... la he ocultado bajo este velo... mis manos profanas se han atrevido á cubrir ese monumento de su gloria... Desde que ya no lo veo, estoy triste, y no atiendo á nada...

¿Cuán querida me va á ser, cuán preciosa me va á ser esa obra inmortal! Cuando mi apagado genio nada produzca de grande, de hermoso, de bello, de digno de mí, enseñaré mi Galatea y diré:—Ved aquí lo que en otro tiempo hizo Pigmalion. ¡Oh Galatea mia! Cuando todo lo haya perdido me quedarás tú... y quedaré consolado.

Despues se aproximaba al pabellon; volvía á retirarse: iba, venía, y se detenía algunas veces á mirarla suspirando.

—Empero, ¿por qué ocultarlo? ¿Qué gano en esto? Reducido á la ociosidad, ¿por qué quitarme el contemplar la mas hermosa\*de mis obras? Tal vez tenga algun defecto que no haya notado; tal vez pueda añadir algun adorno á su vestido: ninguna gracia imaginable debe faltar á un objeto tan encantador... Tal vez este objeto reanimará mi imaginacion desfallecida... Precisó es volverlo á ver... examinarlo de nuevo, ¿qué digo?... ¡Ah! todavia no lo he examinado. No he hecho hasta ahora mas que admirarlo.

Iba á levantar el velo que cubria la estatua, y lo dejó caer de repente como asustado:

—No sé que emocion, dijo, experimento al tocar ese velo; se apodera de mí un terror, cual si creyese tocar al santuario de alguna divinidad... ¡Insensato!... Es una piedra, es tu obra: ¿qué importa? Se sirve á los dioses en nuestros templos, y no han sido hechos por otras manos.

Levantó el velo temblando, y se postró ante

la estatu de Galatea colocada en un pequeño pedestal en forma de grada semicircular de mármol.

— ¡Oh Galatea! recibe mi homenaje, sí, me he engañado; he creído hacerte nina, y te he hecho diosa... Venis misma no menos bella que tú... Vanidad, debilidad humana... No puedo cansarme de admirar mi obra... Me embriago de amor propio... Me adoro en lo que he hecho... No: nada tan hermoso se ha presentado en la naturaleza: ¡he sobrepasado á la obra de los dioses!

— ¡Qué! Tantas bellezas salen de mis manos? ¡Mis manos las han tocado pueat... ¡Ha podido mi obra... Pigmaleón! Tal vez hay un defecto; este vestido cobre demasiado el desnudo: es preciso escotarlo más... las gracias y las bellezas que oculta deben anunciarse mejor.

Coge su martillo y su cincel, y adelantándose lentamente sobre la grada de la estatua, á la que vacila tocar: por último, levanta ya el cincel y se detiene.

— ¡Qué temblor! ¡qué turbación!... Tengo el cincel con vacilante mano... No puedo, no me atrevo, lo echaría á perder todo...

Animase, y por último presentando su cincel da un golpe, y sobrecogido de terror lo deja caer dando un gran grito:

— ¡Dioses! siento la carne palpitante rechazar el cincel...

Ríjase del pedestal temblando y confuso.

— ¡Vano terror, loca ceguera!... No; no tocaré á ella: los dioses me asustan: sin duda ya está consagrada entre ellos.

Postándose despues á considerarla de nuevo, dijo:

— ¡Qué quieres cambiar?... mira... ¿qué nuevos encantos quieres darle?... ¡Ah! su perfección es su defecto... divina Galatea... Menos perfecta no te hablaría nada... empero le falta un alma, tu rostro no puede pasar sin ella... ¡Cuán hermosa debe ser el alma destinada á animar un cuerpo tan bello!

Detívose largo tiempo: despues volviendo á sentirse: ¡Ah! dijo, con una voz entrecortada y trémula: ¿qué deseo me atrevo á formar? ¿qué es lo que siento? ¡Oh cielos! El velo de la ilusión cae, y no me atrevo á ver en mi corazón: me indignaría yo mismo.

Esta es la noble pasión que me estravia: por este objeto inanimado no me atrevo á salir de aquí... ¡Un mármol!... ¡una piedra!... ¡una masa informe y dura trabajada con este hierro!... ¡Inmensa! Entra en tí mismo; gimie sobre tí, mira tu error y ve tu locura.

Despues añadia con impetu:

— No; no he perdido el sentido; no estoy loco; no tengo que echarme nada en cara: es de un ser viviente que se le paró; es del rostro que se ofrece á mis ojos: en cualquier lugar en que se halle ese rostro adorable, cualquier cuerpo que lo lleve, cualquier mano que lo haya hecho, tendrá todos los deseos, todas las aspiraciones de mi corazón. Sí, mi única locura es la de discernir la belleza; mi único crimen es ser sensible á ella; no hay nada en esto de que deba avergonzarme.

— ¡Qué rayos de fuego parecen salir de ese objeto para abrazar mis sentidos y hacer volver mi alma á su origen! ¡Ah! Permanece inmóvil y frío, en tanto que mi corazón incendiado por sus encantos quisiera abandonar el cuerpo para ir á dar fuego y vida al sayo. Creó en mi delirio poderle dar la vida, y animarle con mi alma. ¡Miera Pigmaleón para que viva en Galatea! ¡Qué digo, cielos! Si yo fuese ella no la vería, no sería aquel que la ama. No, que viva mi Galatea, y que yo no sea ella. Que sea un otro para quien ser siempre soy, para verla, para amarla, para ser amado de ella.

Trasportes, tormentos, violentos desos, rabia, impotencia, amor terrible, amor funesto, todo el infierno se encuentra en mi agitado corazón... Dios es poderoso, Dios es benéfico, Dios es del pueblo y socorre las necesidades de los hombres. ¡Habeis hecho tantos prodigios con meus motivos!... Veis ese objeto, veis mi corazón: sed justo, mereceréis vuestros altares!

Despues con mas entusiasmo y tono mas ardiente continuaba exclamando:

— ¡Y tú, oh esencia, que te ocultas á los

sentidos, y que te dejas conocer de los corazones, alma del universo, principio de toda existencia; tú que por amor das armonía á los elementos, vida á la materia, sentimiento á los cuerpos y forma á todos los seres, sagrada fuerza... celeste Venis por quien todo se conserva y se reproduce sin cesar! ¡Ah! ¿dónde está tu auxilio? ¿dónde tu fuerza expansiva?... ¿dónde está la ley de la naturaleza en el sentimiento que experimento? ¿dónde está el calor vivificante en lo vano de mis inútiles deseos?... Todos los fuegos están concentrados en mi corazón, y el frío de la muerte permanece sobre este mármol. Yo perezo por el exceso de vida que tu falta, ¡ah! yo no salto prodigios: este debe cesar: el orden está turbado; ultrajada la naturaleza. Vuelve su imperio á sus leyes; restablece su benéfico curso; y vierte igualmente tu divina influencia, sí; nuestros seres faltan á la plenitud de las cosas. Divide este ardor devorante que consume á uno sin animar al otro. Tú eres quien formó por mi mano estos encantos, y estas facciones que no esperan sino el sentimiento de la vida: dale la mitad de la mia, dásele toda si es preciso... me bastará vivir en ella, ¡oh! ¡tú que te dignes sobreir á los homenajes de los mortales!... El que nada siente no te honra: estíende tu gloria con sus obras. Dioses de la belleza, evita esta afrenta á la naturaleza, de que tan perfecto modelo no sea una imagen de lo que no existe.

Poco á poco fué volviendo en sí con un movimiento de seguridad y de alegría.

Recobro mis sentidos... ¡qué encontrada calma, qué valor insólito me reanima! Una mortal fiebre abrasa mi corazón: un bálsamo de esperanza corre por mis venas: creo sentirme renacer... haz conocer que tu dependencia sirve alguna vez de consuelo. Por desgraciados que sean los mortales... cuando invocan á los dioses quedan mas tranquilos.

Pero esta injusta confianza engaña á los que hacen votos temerarios... ¡Ah! en el estado en que estoy se invoca á todo, y nada nos escucha... La esperanza que nos engaña es mas insensata que el deso. Avergonzado de tantos extravíos no me atrevo á contemplar la causa... Cuando quiero alzar los ojos sobre ese objeto fatal siento una nueva turbación... ¡un secreto temor me delieca!... ¡Ah! mira, desgraciado, ¡sé intrépido, atrévete á mirar cara á cara una estatua!

Pigmaleón trató de animarse aquella estatua y se separó lleno de terror con el corazón oprimido de dolor.

— ¡Qué he visto, dijo, dioses! ¿Qué he creído ver! El colorido de las carnes, el fuego en los ojos, hasta movimientos... No era bastante esperar el prodigio; para colmo de miseria lo he visto por último.

El delirio ha llegado al último término; mi razón me ha abandonado por mi genio. No echas de menos esa razón, Pigmaleón... Su pérdida cubrirá tu opróbrio.

Es demasiado feliz para el amante de una piedra el ser un visionario. Pigmaleón en una agitación, en los mayores trasporte que apenas podía contener, seguía todos los movimientos que creía notar en la estatua, la escuchaba, la observaba con ávida atención; apenas respiraba.

Pigmaleón se habia enmorado de su obra maestra, y los dioses, cuenta la antigua historia, le habian privado de su razón. El infelice loco creyó que su obra se habia animado; y el amor ardiente, impetuoso, volcánico, que abrazaba sus venas, alterando su razón, consumió poco á poco su existencia.

Pocas son las noticias que nos quedan del escultor Pigmaleón. Cuenta que los dioses poco á poco animaron á Galatea, y que el mármol se convirtió en mujer. Pigmaleón se casó con ella, y tuvo á Paphos, héroe esponjoso de la ciudad de Paphos. Este suceso ha ejercitado el genio de dos hombres de los mas célebres, el uno en la literatura francesa, el otro en la literatura alemana. Se debe á Rousseau un magnífico prólogo sobre Pigmaleón, y Goethe ha hecho una bellísima composición. Así la imaginación ha suplido á la historia, y si nos faltan los hechos nos consolamos de esta falta con las bellas producciones del arte moderno.

## EL TESTAMENTO.

ESCENAS DE INTERIOR.

Entre las ciudades de los Países Bajos, Amberes es seguramente una de las mas hermosas y mas nobles: de buena gana la llamartamos la *Gótica* y la *Española* si no se hubiese abusado de estos epítetos; pero flamenca ó castellana no es menos soberbia y altiva asentada á la orilla de su río de rápida corriente, levantando en las nubes el haz de sus torres, y ofreciendo un doble carácter distinto y notable. Sobre el puerto todo es allí vida, movimiento, ruido; en las calles, en las plazas, es seria y tranquila. Consagrada á dos instintos, el negocio y las artes, conservó las tradiciones de la antigua poblacion alemana, y las de Rubens y de Van Dick; y sus habitantes están organizados de tal modo, que la exposicion de un cuadro nuevo los pone tan en movimiento como la llegada de un navio cargado con los tesoros de las Indias. Los niños conocen allí á Jara y á Malaca, pero conocen tambien y enseñan con orgullo la casa donde vivió Rubens, y las iglesias donde viven siempre las obras de aquel inmortal pincel. Los cuadros, las estatuas, las medallas, los preciosos manuscritos, son una herencia de familia en esta Florencia de los Países Bajos; las colecciones se transmiten allí enriqueciéndose de raza en raza; y podríamos nombrar mas de una casa que por desoído ó por austeridad de principios ha renunciado á todo lujo personal, empero que guarda en un modesto rincón obras maestras de Teniers ó de Van Dick; que suspende á la cabecera de una cama un Cristo de Buquesnoy, y que revela á algunos pocos escogidos admitidos en el santuario colecciones de una riqueza inaudita recogida por el paciente gusto de muchas generaciones. La vida en esta ciudad severa tiene una nobleza tranquila, que no altera jamás el deseo de aparentar; y los mismos artesanos parecen participar de la dignidad de que están llenos los hombres y los monumentos. Los que hayan estado en Amberes nos perdonarán esta pequeña digresión.

Debemos al comenzar esta historia retrogradar y trasportarnos al año de 1649 cuando el cardenal Infante gobernaba los Países Bajos en nombre del rey de España. La noche del 31 de diciembre se hallaba muy avanzada. Están espesos y lentos sopos de neve; y solamente se ven en la calle algunos bebedores rezagados: todas las casas se hallaban cerradas, y las lámparas que ardan en las esquinas delante de las imágenes de la santísima Virgen brillaban solas en la oscuridad. La voz del sereno ó rigilante que anunciaba las horas desde lo alto de la torre de Nuestra Señora alteraba únicamente el silencio. Acababan de dar las once en las iglesias de las parroquias y de los monasterios, y la nocturna tranquilidad era cada vez mas profunda. Sin embargo, estaban despiertos y velaban todavía en una de las hermosas casas de la plaza de Meir; y el transeunte hubiera podido distinguir un débil resplandor penetrando al través de las persianas del piso bajo. Aquella casa era la del señor Tillegem, consejero del tribunal soberano de Bravante, revestido ademas con todas las dignidades municipales que los nobles flamencos dividian con los ciudadanos y los mercaderes.

Aunque habia sonado la hora de la queda y de apagar el fuego habia mucho tiempo, el arcescino inaguardado no habia buscado todavía el descanso. Permanecía sentado al lado del fuego en un rico y soberbio salon. No se hallaba solo: al otro lado de la maciza mesa se hallaba colocada una jóven que con la frente inclinada y los ojos bajos parecia leer atentamente en un gran libro. Una mirada observadora hubiera descubierto en ella una inquieta preocupacion. Sus dedos no volaban las hojas del libro, sus ojos no seguian las renglones; pero de tiempo en tiempo, levantándose con timidez, interrogaba

la frente del anciano. Este miraba meditabundo los encendidos tizones que se consumían en la chimenea, prestaba su oído á los sofocados ruidos de la calle, y daba pruebas visibles de una violenta impaciencia.

—¡Las once! exclamó por último; ya es demasiado: demasiado bueno he sido para ese hijo desobediente.

—Padre mio, oigo pasos, dijo Luisa, cuyos miembros se hallaban agitados con un temblor nervioso. Es Jorge, ya está ahí.

Un aldabonazo hizo resonar el vestíbulo. Abriéronse muchas puertas, y se oyó la voz de un criado que decía:

—El señor consejero os aguarda, y desea hablaros, señor Jorge.

Abrióse la puerta del salón, y se veían en la antecámara muchos viejos criados con aire triste é inquieto, y un jóven entró con un continente en que el atrevimiento natural se mezclaba con el embarazo del momento.

Era un hermoso caballero de noble talle, á quien el pintoresco vestido de aquella época sentaba á las mil maravillas. Empero una extraña expresión indefinible desfiguraba aquel bello rostro: un visible desorden manchaba aquellos ricos y graciosos vestidos. Los vicios y las pasiones habían cogido ya en sus redes aquel jóven vástago de una familia mas ilustre todavía por sus virtudes que por sus honores. Todo era hermoso en él: empero todo estaba degradado.

—¿De dónde venis? dijo el anciano magistrado clavando sobre su hijo una mirada penetrante y severa.

Tartamudeó el jóven.

—No estais en estado de responderme. ¡Verguenzal retiraos; mañana os hablaré.

Jorge no añadió ni una palabra y se marchó. Luisa lloraba.

Su padre la miró, y colocando su mano sobre su cabeza con afecto, le dijo:

—Bendígate Dios y sus santos ángeles; vete á descansar, hija mia.

—¿Y Jorge, querido padre?

—No me hables ni una palabra de él... pide á Dios por él.

A la mañana siguiente á las ocho Luisa aguardaba ya ante la sala de su padre, y volvía frecuentemente la cabeza hacia el largo corredor que iba á dar al cuarto de Jorge.

Presentóse éste por último, empero pálido, tranquilo, y grave; sus vestidos se hallaban dispuestos con esmero; y su color oscuro anunciaba la austera profesion á la que se destinaba aquel jóven. Su hermana le alargó la mano con gravedad, y le dijo en voz baja:

—Entremos, mi padre está despierto.

Y volviendo sus ojos hacia el cielo, añadió mentalmente:

—Virgen Santísima, orad por nosotros.

El señor Tilleghem recibió con bondad las caricias de su hija; pero cuando á su vez llegó á arrodillarse delante de él su hijo, diciéndole:

—Padre mio, dadme vuestra bendición; el severo anciano replicó vivamente:

—¿Me la pedis en nombre de vuestra obediencia, caballero?

—Padre mio...

—Respondedme... ¿dónde habeis pasado la noche de ayer? ¿En la taberna?

—No, padre mio; no he salido del taller de Brouwer, y Franz Hals nos ha hecho compañía.

—Sin contar con las copas y los frascos?... Parece que os complacéis en desafiarne, porque no ignorais que entre todas las compañías indignas de vuestra gerarquía y de vuestra fortuna os he prohibido sobre todo la de esos pintores y artistas, tales como Brouwer y Franz Hals que ahogan en el fango de los placeres innobles el genio con que los dotó el cielo. ¿Dónde sabéis, si á no? Si tenéis afición á las artes buscad á Rubens, tan noble de corazon como de talento y nacimiento; id á ver en su pobre celda á fray Snyder, tan santo religioso como grande artista. ¡Empero Brouwer... empero Hals! Arrastrais á la vez en el todo el nombre de vuestras antepasados, y la toga que debéis llevar un día.

—Al buscar esos artistas, padre mio, yo no queria buscar mas que un instante de placer.

—El árbol de los placeres prohibidos, señor

mio, jamás ha producido mas fruta que la vergüenza... ¡Pensadlo bien! comienza un nuevo año, pero para vos es el último año de indulgencia, el último año de ternura paternal... os lo concedo como una prueba.

—Padre mio, exclamó Luisa con un tono gracioso y casi alegre, aunque su corazon se hallaba entristecido, padre mio, que este año no comience, al menos para mi hermano, sin que vos le hayais bendecido.

—Si, padre mio, dijo Jorge, perdonad mis locuras y bendecidme.

—Querido padre, ¿cómo querais que se cumpla en Jorge, si Dios, mi buena madre que está en el cielo, y vos, no le animais?

—¡Padre mio! añadió el jóven con tono suplicante.

—Pues bien; si, yo os bendigo todavía una vez, y ojalá mi bendición haga vuestra alma fecunda en virtudes: la paz sea con vosotros; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Amen...

Una hora despues de esta conversacion, en tanto que el señor Tilleghem recibía la visita del burgo-maestre Rockox, su antiguo amigo, el hermano y la hermana se paseaban en una larga galería, cuyas paredes estaban adornadas con los retratos de los señores de Tilleghem. Aquellos lienzos, ora fuesen groseramente bosquejados por un bárbaro pincel, ora llevasen la firma de los Metzys, de los Gito-Venyus, ó Jordanes, tenían todos entre sí un aire de familia, y el parecido hereditario prolongado á través de tantos siglos que reflejaba todavía sobre la frente de los dos jóvenes.

Jorge hablaba con animacion.

—No, decía; no podré ser feliz aqui: todo me fastidia, me hiela, me desagrada.

—¿El qué! ¿la casa de vuestro padre?

—¡Oh hermana mia! Para ti, ella es un paraíso, para mí, es una prision. Yo aqui estoy dominado sin cesar por una voluntad imperiosa; encadenado al trabajo que detesto, destinado á un porvenir contra el que me revelo.

—¡Pero tú sabes que en nuestra familia...

—Si, él, respondió Jorge irónicamente, el primogénito está siempre destinado á la toga; el mediano á la iglesia... prudente arreglo.

—¿Pues no es un noble destino? Mira, hermano, los retratos de nuestros abuelos; su ejemplo prueba que la toga que te está destinada basta á contentar una legítima ambicion. Mira ahí á Juan de Tilleghem, canceller de Bravante, que hizo presenta al rey Felipe II, con riesgo de su vida, las quejas y los lamentos de sus súbditos. Mira ahí á Felipe, nuestro abuelo, que fué asesinado por los calvinistas en odio de la verdadera fé. Mira ahí en tiempos mas remotos á Nicolas de Tilleghem, el consejero, el amigo, el brazo derecho de Juan IV, el poderoso duque de Bravante. Mira ahí á Pedro, abad de San Miguel: ha muerto en olor de santidad, y se han visto milagros sobre su sepulcro...

—¡Hermana mia, todo lo comprendo! No ambiciono esa pacífica gloria. El mi corazon palpita tan fuerte, no es para sofocarlo bajo una toga encarada ó negra, y no es la toga rodada de arminio la que dará descanso á mi frente. Necesito otra cosa: el aire, los viajes, la guerra. El gabinete guarnecido de libros y pergaminos en que mi padre quiere que me encierre es un sepulcro: ¡la vida está en otra parte! Necesito el mar y sus inmensos espacios; las Indias con sus bosques y sus tesoros. Me ahogo en esta casa vieja: ¡me muero bajo esta austera tutela! Y si alguna vez pido á los groseros placeres, á las vulgares compañías algunos momentos de ilusion y de olvido es para soñar que soy libre, es para olvidarme de que me hallo encadenado.

—Hermano mio, te conjuro á que deseches tan fatales ideas... La libertad real, decía vuestra madre está en el alma; el que domina sus pasiones es siempre libre; el que las obedece es esclavo aunque ocupe un trono, Jorge mio, obedece á vuestra madre á fin de que las promesas que Dios ha hecho á los hijos sumisos y obedientes se verifiquen contigo.

—Trataré de hacerlo, pero...

—No hay para qué valga; yo rogaré por ti á la Santísima Virgen y á nuestra pobre madre.

Aquel año comenzado bajo tan malos auspicios pasó triste y rápido cual un torrente que esola sus márgenes, y arrastra la esperanza de las mieses y de los vergeles. Jorge mostró algunas veces algunas veleidades de estudio y de gustos serios: empero pronto el febril ardor de su alma le arrastraba de nuevo lejos de la casa paterna, y los placeres de sus dias se prolongaban hasta la mitad de las noches. Entonces Luisa velaba; aguardaba inquieta la vuelta de su hermano, trataba de hacer pasar en el corazon del jóven un poco de ternura, un poco de arrepentimiento... gotas de aceite que debían aplacar por la mañana la cólera del señor de Tilleghem.

Irritado éste por las locuras de un hijo tan querido en otro tiempo, sentía cada dia la tibieza del desafecto acumularse en torno de su corazon. Una tempestad se iba formando entre aquellos dos seres que la naturaleza habia unido, y que dividían las pasiones.

Jorge se abandonaba cada vez mas y mas á su curso, y el anciano se atrincheraba cada vez mas y mas en esa autoridad paterna cuya severidad desafiaba el jóven.

Tocaba el año á su fin: empero antes de que hubiern espirado, la desgracia tan largo tiempo presentida habia estallado. Una noche, Jorge aguardado por su hermana con angustia, por su padre con sombría impaciencia, no habia vuelto... Entregaron una carta al anciano magistrado... era de la letra y puño de su hijo. Decía que teniendo derechos que la edad le concedía, abandonaba la casa paterna; que abandonaba así mismo la carrera que le habian impuesto; y que quería ir á tentar fortuna en el camino á que su inclinacion le llamaba. Solicitaba brevemente el perdón de su padre, y la amistad de Luisa. Aquella carta arrojó en la casa una sombra tristeza; pero cuando pocos dias despues un procurador vino á nombre de Jorge de Tilleghem á reclamar su parte de la herencia materna, cuando se supo que el hijo rebelde valléndose de una libertad tan caramento comprada, acababa de casarse con una jóven de la condicion mas oscura... á aquellas nuevas muestras de ingratitude y desobediencia, estalló de un modo funesto y terrible la cólera del padre tan largo tiempo comprimida. A pesar de las súplicas de su hija postrada delante de él, pronunció en alta voz una solemne maldicion, entregando al indócil hijo á la venganza divina, y deseando que las pasiones, causa de su caída, fuesen tambien la causa de su constante infortunio.

Luisa no oyó mas! Había caído casi muerta á los pies de aquel padre de quien ella iba á ser en lo sucesivo ya su única hija.

## III.

## EL HIJO MALDITO.

Desde aquel dia el recuerdo de Jorge se borró enteramente de las conversaciones de su familia; su nombre fué borrado del árbol genealógico de los Tilleghem; su retrato, quitado de la galería, se envió á los oscuros guarda-muebles; su cuarto se cerró, y se prohibió á los criados pronunciar su nombre. Parecía que su falta habia destruido hasta el recuerdo de su existencia; no se hablaba ya de él en aquella casa, de la que tanto tiempo habia sido la alegría y el orgullo, cual si jamás hubiese existido, ó cual si muerto despues de algunos años hubiese venido á caer su memoria bajo los helados velos del olvido. Pero, sin embargo, parecido á aquel espectro sentado en el banquete de Macbeth, su imagen se levantaba derecha sin cesar entre el padre y la hija; excitaba en el uno un amargo y profundo resentimiento, en la otra una compasion sin limites. Empero ¿qué podían la compasion ni el fraternal amor de la pobre jóven contra la indignacion de un padre tan cruelmente ofendido? Solo Dios, ese padre indulgente con las faltas de los hombres, era el que oía y escuchaba los secretos dolores de la

## MISCELANEA.

aflicida doncella. Elly, única objeto del amor del noble magistrado, veñase colina de todos los bienes que contentan los deseos sin satisfacer el corazón. Aquella solitaria y modesta jóven, que vivía lejos del mundo y de sus festines, se hallaba agobiada de todas aquellas preciosas fruslerías que la vanidad envideó: pero sus alhajas dormían en el fondo de un armario de ébano, y el oro de su bolsa corría inagotable á las manos de los infelices. A veces contemplando aquellas vnas riquezas que su padre la prodigaba, se decía á sí misma:—Tal vez Jorge tiene necesidades. Pero ignoraba la suerte de aquel hermano querido de quien nadie le hablaba, ni daba noticias suyas; y no era esta la menor pena de su corazón, que no atejaba sino con las mas puras y dulces afecciones de la familia.

Un día de otoño, despues de comer, se hallaba Luisa sentada cerca de una de las ventanas bajas de la casa, que daban sobre un patio exterior, y con agíl pie hacia dar vueltas á la rueda cargada del fino hilo que devanaba delante de ella. Vestida de negro, hermosa con una belleza tranquila y sencilla, y colocada en el alfeizar de aquella ventana cuyo gótico arco sobrecargado de un feston de piedra le formaba una especie de marco, parecía aquella jóven el modelo de una de las mas suaves y deliciosas creaciones de Mieris: toda su existencia respiraba modestia y candor; sencillez y virtudes domésticas: era un cuadro amable é interesante. Tal vez su vista arrancó un suspiro del seno de un jóven que habia entrado furtivamente en el patio. Aquel suspiro hizo alzar los ojos de Luisa, y se le cayó el hilo de las manos.

—¡Cielos! dijo, ¿eres tú... de veras? ¡Jorge, hermano mío!

—Soy yo, dijo, hermana mia; y se estrecharon las manos.

—Entra, dijo en voz baja... mi padre... nuestro padre está ausente... se halla en el congreso, en Bruselas; entra, te lo suplico.

—No, respondió Jorge con orgullosa tristeza; no traspasaré el dintel de esta puerta... ¿No soy yo el hijo desterrado, maldito?

Se apoyó sobre el borde de la ventana, y algunas amargas y ardientes lágrimas cayeron sobre la piedra; pero reponiéndose inmediatamente sacudió su frente pálida y sus largas melenas, ya algo claras, y replicó:

—Me querido verte, mi buena hermana, antes de marchar á un viaje que será largo: mañana me embarco para las Indias. Mi mujer y mis hijos van á Tréveris á casa de algunos ancianos parientes, y yo voy á buscar fortuna.... Ves que la necesito.

Echó una mirada sobre sus gastados vestidos, y se rió con una risa mas triste que las lágrimas.

—¡Oh, hermano mío! exclamó Luisa con dolor: ¡cómo siento no poder nada por tí! ¡Ah! si nuestro padre se dignase ceder....

—Le he ofendido: usa de su derecho, y no me quejo.

Salió un instante Luisa; despues volvió trayendo en sus manos un pesado cofrecillo: lo abrió, Encerraba joyas de valor: un pesado reloj guarnecido de perlas, un collar de brillantes; una cruz de rubies, y muchas riquísimas sortijas.

—Hermano mío, dijo, esto me pertenece, y puedo disponer de ello. Ojalá este débil socorro pueda servir de base sólida á tu fortuna futura.

El jóven desechó las alhajas.

—Bastantes males, dijo, he causado; no causaré este. Guarda, hermana mia, lo que has recibido de tu padre; para mí me sobra todavía con la débil parte de la herencia de nuestra madre.

Quiso insistir Luisa, pero fué en vano. Su hermano, despues de haber echado una larga mirada sobre la casa de sus antepasados, apretó la mano de la jóven, y le dijo:

—Adios, hermana mia, sé feliz.

—Jorge, ¡ay! ¿serás tú feliz?

—Tendré la dicha que haya buscado.

—¿Serás tú feliz?

No respondió, y bajó hácia el suelo una silenciosa mirada.

—¡Adios! repitió.

—Hermano mío! adios... y ¡vólor.

Salió habia sembrado vientos: recogió tempestades.

FERNANDO BARRAS.

(Se concluirá.)

APUNTO DE INTERPRETACION.—En un lugar de la Alsacia ocurrió no ha mucho, según refiere el *Industrial alsacien*, el siguiente caso, cuya autenticidad garantiza de todo punto dicho periódico:

«El prefecto del departamento consideró necesario de suspender el alcalde del indicado pueblo. La orden respectiva, escrita en francés, estaba concebida en estos términos: «Quedará suspenso (*suspendre*) el Maire de..... debiendo el suplente proceder á la ejecución (*exécution*), etc.» Hablandose en aquel lugar exclusivamente el alemán, este funcionario suplente no entendía el francés, y tomando, pues, un diccionario francés-alemán, se encontró que el equivalente de *suspendre* era en su idioma colgar, y *exécution* ejecución. ¡Ay! ¡Dios me libre! exclamó el pobre Maire, no, no, esta orden no la cumplo, yo no soy verdugo, ni menos ha hecho mi antecesor falta alguna para que se le cuelgue, y así suplicará al señor prefecto encargue á otro la ejecución.

ASCENSION AL MONTE ARARAT.—La cumbre del Ararat, hoy Macis ó Agridagh, monte de Armenia al S. O. de Erivan, entre los 42° 15' longitud E., 39° 30' latitud N., célebre por haber hecho alto sobre su cima el arca de Noé, según nos lo refiere el Génesis en su cap. VII, v. 1.º, y según las tradiciones armenias, ha sido visitada á mediados del mes de julio próximo pasado por algunos ingleses que sin que hubiesen tenido, á lo que se dice, que arrostrar grandes penalidades para llegar á la cúspide superior, cuya elevacion sobre el nivel del mar es de 17,333 pies, y 14,300 sobre la Hanura. Formaron parte de tan interesante y empuñada ascension cinco *gentlemen*, y todos, mas ó menos rápidamente, llegaron á la cima, cubierta de nieves eternas, quedando empero los kurdos, poseídos de veneracion mística, al pie del cono superior de la montaña. Nuestros ingleses bebieron sobre aquella imponente altara, dirigida la vista hácia su patria, á la salud de la reina Victoria; y disfrutaron una salida de sol tan magnífica, que ni menos hallaron palabras para explicar el sublime gozo que en su consecuencia se apoderara de sus corazones. Estos osados trepadores son los primeros europeos que han subido al Ararat, no dejando poco sorprendidos á los naturales de aquel país tan intrépida expedicion.

SOIRÉE ORIGINAL.—En Sheffield (Inglaterra) tuvo últimamente el dueño de un grande establecimiento de diversiones publicas la singular ocurrencia de disponer un sarao para señoras ancianas, y expendió al efecto hasta dos mil esquelas de convite. La *soirée*, que terminó con baile, fué concurridísima. La mas jóven de las señoras tenía sus sesenta abries y la heroína de la fiesta fué una dama de noventa y nueve años, por cierto bastante rolliza y apuesta todavía, respecto á tan avanzada edad. El asunto es que las vetustas señoras pasaron un buen rato, y el empresario á su vez tuvo la satisfaccion de despachar diez mil entradas, que le dejaron un beneficio más que regular.

PALMERSTON.—Al periódico inglés *Morning-Post* escriben desde San Petersburgo: Mucho se recombrará lord Palmerston cuando llegue á su noticia que los *Wostschik*, ó sean cocheros de alquiler, se valen de su temido nombre para averar sus rocinantes; y si los tales animales son en demasia recalcitrantes, he aquí que el automedonto les amenaza con que va á venir el noble lord. Por personas que han recorrido gran parte del interior de la Rusia, he sabido que lo propio se oye desde San Petersburgo hasta el país de los cosacos del Don, desde el lago Ladoga hasta el mar Caspio. Si te sirve de lisonja á nuestro lord, ¡buen provecho te haga!

PROVERBIO DISCRETO.—Hay tres clases de hombres con quienes nunca se debe litigar: 1.º Con los que sacan la cabeza por ventana de paño, que son los frailes; 2.º Con los que se ponen los

calzones por sombrero, que son las mujeres, y 3.º con los que llevan siempre la voz del Rey, que son sus ministros.

CHISTE PATERNAL.—Unos muchachos se quejaban de que no se les daba de almorzar, á tiempo de entrar un amigo de su padre, y oyéndolos gritar, dijo compadecido:

—¿Por qué no haceis que se desayunen esos niños?

Y el padre responde:

—¡Como desayunarse! á fé mia cada uno tiene una asadura en el cuerpo.

—Si señor, responde uno; pero con ser enteramente no ha llegado al estómago.

Era la asadura que todos tenemos.

EL CAZADOR DE MIRLAS.—Un jóven de veinte y tres años se fué á confesar con el cura, y se acusó de haber destrozado el cercado de su vecino por ir á reconocer un nido de mirlas: el cura le preguntó si las mirlas eran buenas, y si las habia cogido.

—No, respondió, yo no las vi bastante grandes y no iré á cogerlas hasta el sábado por la tarde.

El cura que estuvo mas alerta, fué el sábado por la mañana, y sacó los mirlos: el otro viendo vacío el nido no dudó de la supercheria del cura, pero no se atrevió á decirle nada. Viéndose obligado por un jubileo á volver á confesarse tres ó cuatro meses despues, se acusó de amar á una niña estrechamente bonita por obtener sus favores.

—¿Qué edad tiene? dijo el cura.

—Diez y siete á diez y ocho años, respondió.

—¿Y es hermosa?

—La mas bonita del pueblo sin disputa.

—¡Holat! ¿Y en qué calle vive? preguntó con viveza el cura.

—No; á otro perro con ese hueso, dijo el patán, yo no me dejo strapar dos veces.

EL TEBLOR DE TIERRA.—Una señorita suplicó á un fisico amigo suyo, que la explicase lo que era un temblor de tierra; el fisico, que era muy complaciente, se lo explicó como pudo.

—¿Y sabe vd., le dijo, que es una cosa vergonzosa que en Madrid, siendo la corte y el centro de las luces, no haya dispuesto el gobierno que haya de cuando en cuando algunos sacudimientos, ó temblores para dar á sus habitantes á lo menos una idea de este fenómeno.

EL JUEZ TERTO.—Un juez terto queria decidir por sí solo un asunto muy espinoso, y un compañero andaloz le dijo:

—Creedme, amigo mío, y no os precipiteis; consultado antes con mas acierto; pues mas ven dos ojos que uno solo.

EL BUEN GALLEGO.—Un gallego que iba por un camino á pie, rió á un señor que pasaba á caballo, y rendido ya de tanto andar, le suplicó le llevase un rato á las ancas, á lo que accedió por compasion; y apenas el gallego se vió montado, según pedia, le dijo:

—Mea señor, dígame, ¿cuánto voy ganando?

LA CIUDAD NUEVA.—En casa de un caballero principal de Sevilla se hallaron convidados unos oficiales á comer con otras personas, y entre varias conversaciones que tuvieron, se habló por último de Aristóteles: uno de ellos dijo que en Aristóteles se encontraban cosas admirables que no habia visto en otras partes, y el caballero de la casa, viendo que uno de los otros oficiales andaba decia, y sabiendo era un ignorante, le dijo:

—Y vos, señor don N... ¿qué respondéis á eso?

—Yo respondo, dijo, que el que tanto se alaba de haber visto tan bellas cosas en Aristóteles, acaso no habrá estado en la tal ciudad nunca.

El otro en vez de picarse le contestó riendo:

—Pues señor, apunta vd. tres de las mas gordas.

GAVIRIA.

Director y Editor, don Francisco de Paula Mellado.

MADRID, 1887.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Santa Teresa, n. 8.